**CONFIANZA Y CONVIVENCIA ARMÓNICA**

**José Rodríguez Iturbe**

**Acto de Grado del MBA**

**INALDE 26 junio 2010**

**Introducción**

Quienes gentilmente me invitaron para esta exposición en el grado del MBA del Inalde sugirieron que les hablara de la confianza. Aspiro, respondiendo a esa indicación, dejar a la consideración de Uds. referencias de carácter ético general en torno a un tema central, que me luce importante. Sin confianza y apertura a los demás, cada quién se ubica en una clausura marcada de angustias, recelos, miedos, cuando no de odios. Sin confianza entre marido y mujer no hay hogar que merezca nombre de tal. Sin confianza en el subalterno por parte de quien manda es difícil, por no decir imposible, mandar bien; y, por supuesto, sin confianza hacia quien manda, por parte de quien debe obedecer, no habrá eficacia ni armonía en el ámbito laboral. S. Josemaría Escrivá, cuyo espíritu debe informar la Universidad de La Sabana y el Inalde, que de gobierno de personas y de formación para el mismo sabía, procuró siempre practicar y enseñar el gobierno colegial fundado en la confianza. “Las decisiones de gobierno —nos dice en *Surco*—, tomadas a la ligera por una sola persona, nacen siempre, o casi siempre, influidas por una visión unilateral de los problemas. —Por muy grandes que sean tu preparación y tu talento, debes oír a quienes comparten contigo esa tarea de dirección”[[1]](#footnote-1). Y añadía: “Cuando el que manda es negativo y desconfiado, fácilmente cae en la tiranía”[[2]](#footnote-2).

El jefe déspota y el colega que sólo ve en sus compañeros adversarios, competidores a quien debe poner zancadillas, encuentran su origen en una actitud nutrida de recelo, de quien siempre está en un *round de sombra* contra su prójimo. El complejo de la conspiración universal y de la supuesta siempre perversa intención ajena, hacen ver al desconfiado la vida como una carrera de obstáculos contra su semejante. De todo lo que le pasa tienen la culpa los demás. El desconfiado termina, así, por ser incapaz de dar y recibir nada que vaya más allá de la esfera de su *ego*. El desconfiado suele ser un personaje sin alegría y sin esperanza. Es aquel que siempre sobredimensiona los problemas y resulta miope para descubrir soluciones. Es aquel sujeto impotable que se considera acreedor de todos y deudor de nadie. El desconfiado suele, por ello, terminar muy solo y sus *triunfos* a menudo son pírricos. La desconfianza es un ave de mal agüero que hace su nido en la mente torcida de quien sólo piensa en sí mismo y para sí mismo.

**Hobbes y Rousseau**

La confianza, por el contrario, lleva a que la competitividad no sea la expresión de aquel *homo homini lupus* [el hombre es lobo para el hombre] de Thomas Hobbes, sino un reto abierto a las posibilidades de la libertad armonizada con las exigencias del bien común. La confianza facilita el recto curso de la llamada meritocracia. La confianza no es aquel naturalismo de Jean-Jacques Rousseau, tan dulzón como falso, que, en la búsqueda de su autojustificación, llegó a postulados teóricos, hipotéticamente formulados en defensa del individuo, que prácticamente significaban el sacrificio de la libertad de la persona singularmente considerada y de la sociedad, como un todo dinámico. Rousseau es una versión naturalista y laicista de Pelagio, aquel que negaba que en Adán hubiésemos pecado todos y que, pensando que con su afirmación liberaba sin más de trabas humillantes asegurando que la naturaleza de la persona singular no estaba herida por el pecado original, ni inclinada al pecado.

Mientras Hobbes predicaba el reino de la desconfianza invencible y el poder absoluto del Leviatán como un seguro contra el terrible flagelo de las guerras civiles; Rousseau, por su parte, diciendo que el individuo, puro en su origen [*el buen salvaje*], es pervertido por la vida social, pretendía establecer un paraíso terrenal *prêt-à-porter*, factura de una racionalidad ilustrada. Ésta colocaba el soporte de la ética más en la apariencia social que en la auténtica moral personal y pretendía, con un discurso seudo moralizante, sustituir la fe en Dios por la fe en el hombre. Thomas Hobbes, el tutor del Príncipe de Gales que sería Carlos II, lo más que consiguió fue la defensa del absolutismo de los últimos Estuardo. Jean-Jacques Rousseau consiguió su discípulo más famoso en Maximilien Robespierre, llamado *el Incorruptible*, quien encabezó la fase jacobina de la Revolución Francesa, *el Terror*, que encontró, con el vertimiento de la sangre de sus propios jefes, su abrupto final en *Thermidor*, en aquel caluroso verano (fin de julio / comienzos de agosto) de 1794.

**Relación humana y don de sí**

La perspectiva sobre la confianza deriva, pues, de la concepción de la persona. La perspectiva de la criatura como un ser relacional que encuentra en sus semejantes la posibilidad de dar lo que puede de sí y de recibir el don de sí de ellos, dota de una gran riqueza las manifestaciones societarias de la personalidad y las realidades existenciales en las cuales ellas se inserta. La familia, el barrio, el municipio, el trabajo y la profesión u oficio, la ciudad, el Estado, están, pues, tanto en la base misma de la madurez de la persona, de su logrado desarrollo perfectivo, como en su conciencia de pertenencia social y de compromiso solidario con sus semejantes, en el ámbito hogareño, comunitario, laboral, nacional e internacional.

La relación humana lleva, en cuanto tal, al don de sí. No es un don cualquiera. El don de sí de la criatura respecto a Dios es el don debido del hijo respecto al Padre. Con el pecado de nuestros primeros padres se perdió la confianza de ellos en Dios; y de la amarga separación resultante, la amorosa decisión divina produjo, en el tiempo, la Encarnación del Verbo para que recuperásemos, por su Pasión y Muerte, la condición de hijos en el Hijo. La Encarnación del Verbo es la *plenitudo temporis*, la plenitud de los tiempos. La ascética cristiana reposa en el reconocimiento de la filiación divina. El don de sí se basa en la confianza. Una confianza que quiere y busca nuestro bien. Expuesta a los vaivenes de la fidelidad o infidelidad humana; a los avances y retrocesos de la criatura en el uso, bueno o malo, de su libertad. La confianza humana es reflejo de la confianza divina y respuesta a ella. El auténtico don de sí tiene como rasgo distintivo la gratuidad. El don Dios es gratuito. El don del ser humano, en lo que tenga de más perfecto y elevado, no sólo debe poseer la nota de lo debido, sino que, por estar hecho a imagen y semejanza de Dios, debe ir más allá de lo estrictamente debido en justicia (por el *justo título*) para adentrarse en los campos de la caridad, de lo que dicta el Amor, empujando a que ello se haga realidad en el trato con el otro y los otros, con el prójimo, respetando, sin duda el orden que la misma caridad impone. Confianza, pues, en Dios y confianza en el prójimo. “Llénate de confianza en Dios y ten, cada día más hondo, un gran deseo de no huir jamás de Él”[[3]](#footnote-3) —aconseja S. Josemaría—. Si el *prójimo* es el *próximo*, el orden de la caridad coloca, después de Dios, en un primer lugar a la familia y sus integrantes y, subordinadamente, al trabajo, y a las personas con las cuales nos relacionamos a través de él. Ese es el patrón que permite, dentro de la imperfección y pequeñez de la criatura humana —con su grandeza finita de ser *imago Dei* y *capax Dei*, y con la limitante de su pobreza ontológica radical— la búsqueda de la perfección personal, compartiendo existencia en un ámbito comunitario —con otros, por otros, hacia otros— con la naturaleza social, querida para el ser humano por Dios Creador.

Sin ese don de sí, con la gratuidad que intrínsecamente supone, la convivencia, en el ámbito familiar, laboral, social y político, resulta un calvario. Porque el don de sí implica la confianza. Y la carencia de él pone de relieve la cruda desconfianza. Y cuando reina la desconfianza el manto de la suspicacia y del recelo, de la inseguridad cuando no del temor, arropa todos los espacios de la relación, agrietándola, fraccionándola, debilitándola, rasgándola, empobreciéndola, y, en definitiva, matándola. Confianza o desconfianza entre marido y mujer, entre padres e hijos; entre dirigentes y dirigidos; entre gobernantes y gobernados; entre iguales, parientes, colegas. Sólo la confianza genera las posibilidades del ejercicio recto de la libertad y, por tanto, de una sólida responsabilidad personal y social. Sólo una confianza cimentada en una base ética permite evadir los humedales y las arenas movedizas de aquella que con gran acierto Vittorio Mathieu, en su *Filosofía del Dinero*[[4]](#footnote-4), llamara, *sociedad de irresponsabilidad ilimitada*.

**Cultura dominante y conciencia religiosa**

La aceptación de la gratuidad del don de sí resulta algo difícil para la cultura dominante, marcada por el egoísmo y el utilitarismo individualista. El prototipo humano de la cultura dominante es el descreído. Y el descreído es el modelo humano del desconfiado, que, al desconfiar de Dios, desconfía, a la vez, de todos sus semejantes. La confianza en Dios que caracteriza al creyente es la antítesis de la desconfianza que genera una perspectiva de crítica corrosiva, sin canales positivos de superación. Como cualquiera es un competidor potencial, la lógica enferma de la cultura dominante genera una desconfianza generalizada.

De un largo diálogo entre el gran jefe de una notable empresa editorial, Leonardo Mondadori, y un conocido intelectual italiano, Vittorio Messori[[5]](#footnote-5), tomo una dura pero (a mi entender) objetiva visión del marco que la cultura dominante ofrece respecto a la creencia. El mérito de la descripción debida a la pluma de Messori sobre el testimonio de Mondadori deriva, en no poca medida, del hecho de ser ambos —Messori y Mondadori— conversos que ofrecen el testimonio de su proceso espiritual. Y los conversos, que provienen de una sociedad de escépticos, suelen tener una gran agudeza en la captación y transmisión de las falencias de ese mundo de fe teórica y ausencia de Dios práctica.

“No es necesaria —escribe Messori— ninguna preparación en sociología religiosa, basta la experiencia para constatar que, hoy, en todo el Occidente, la mayoría no pertenece ni a los practicantes de las comunidades cristianas históricas —en Italia, la católica— ni, menos que nunca, a las ‘nuevas religiones’, las llamadas sectas. Éstas son numerosas, pero con seguidores mucho menores en número de lo que a menudo se cree. Así, es muy raro que la gente se pase a cultos como el islámico o el budista, al menos en el sentido, respecto a éste último, de una adhesión ‘fuerte’ que vaya más allá de una búsqueda de bienestar espiritual que se desea agregar al bienestar material”. Y añade: “La mayor parte de los europeos, y también de los norteamericanos, pertenece a aquella heterogénea e interclasista ‘comunidad religiosa’ que viene señalada por los estudiosos de estas cosas con la expresión *believing without belonging*, creer sin pertenecer. Se trata, pues, de una creencia más o menos explícita en ‘algún Dios’ si no en ‘Alguna cosa’, pero sin la frecuentación regular ni adhesión a alguna institución eclesial. Esta es la religión del ‘Dios sí, pero Iglesias no’, quizá del ‘Cristo sí, curas no’ que unifica a gran parte de los occidentales actuales, gregarios y obedientes a los elementos de persuasión más o menos ocultos en todo el resto, pero alérgicos a jerarquías y dogmas, y, sobre todo, alérgicos a compromisos morales, en materia de fe”[[6]](#footnote-6)

Todo ello, en síntesis, es expresión, para decirlo con palabras del mismo Messori de “esa *political correctness* por la cual tengo un horror religioso, reconociendo en ella la máscara, mudable con los tiempos siendo a la vez eterna, del vicio más execrado y condenado por Jesús: la hipocresía de los escribas y fariseos, también ellos figuras inmortales”[[7]](#footnote-7).

Messori describe acertadamente el don sobrenatural de la fe judeo-cristiana, en la cual Dios no está hecho a imagen y semejanza de la razón humana, como en el antiguo paganismo, sino como un don a través del cual nos permite reconocer al Creador que no sólo nos ha hecho a su imagen y semejanza sino que nos ha redimido para que recuperásemos la condición de hijos en el Hijo. “Una fe tolerante y abierta, pues, no por adecuación al conformismo corriente, —dice— sino por respetuosa del plano enigmático de un Dios que no ha querido *per Se* la evidencia, sino el claroscuro. Un Dios que no se revela apareciendo clamorosamente detrás de las nubes, sino que quiere ser buscado ‘entre sombras y enigmas’. Un Dios que ha establecido, por tanto, que la fe no sea un deber sino un don, y que el no creer no sea una culpa, sino en el peor de los casos una desgracia. El *Leimotiv* del Nuevo Testamento, más que un ‘tú debes’, es un ‘si quieres’: es decir, si quieres puedes descubrir que eres amado por un Dios que es más que un padre, es un ‘papá’ —*Abbá*—, como lo llama el mismo Jesús”[[8]](#footnote-8).

La confianza es una actitud de crédito a la fidelidad. Messori señala, con agudeza, que “la infidelidad aumenta justamente cuando se pretende encontrar la felicidad a costa de la fidelidad”[[9]](#footnote-9).

**Violencia y confianza**

Cita Messori a Oscar Cullman, uno de los más grandes escrituristas y teólogos protestantes del s. XX (uno de los llamados ‘progresistas’ por los aficionados a etiquetismos políticos en el ámbito eclesial, por tanto insospechable de ‘conservatismo’), quien dijo: “Jesús no llama a los pobres a la revuelta, sino a los ricos a la solidaridad”[[10]](#footnote-10).

Cuando se considera *la violencia como la partera de la historia*, para decirlo con la conocida expresión de Karl Marx, la única dimensión de la confianza se da en el marco sectario de la propia militancia. Quien no esté dispuesto a asumir el compromiso de la *praxis* revolucionaria nunca podrá gozar de la confianza de quien encuentra en ella la suprema razón de la existencia. Así, en una sociedad secularizada, en la cual los fideísmos políticos han pretendido la sustitución ideológica de la fe en Dios, la confianza ha cedido el espacio a las políticas de fuerza, por la deformación que, en la teoría y en la práctica, suponen respecto a la consideración de la persona humana y a su existencia en el marco histórico de la sociedad.

Sobre la tolerancia civil y política, un conocido Jefe de Gobierno contemporáneo, José María Aznar [1953], autodefinido como liberal, ha dejado, en la visión retrospectiva de su experiencia gubernamental[[11]](#footnote-11), una visión de cómo la confianza no supone una indiferencia de valores y principios sino un respeto a la diferencia que se plasma en la tolerancia.

“La tolerancia —dice— es un valor clave del liberalismo. Hay que respetar siempre las posiciones ajenas. La política enseña mucho en este aspecto. El Gobierno es un ejercicio permanente de tolerancia, aunque en más de una ocasión lo sea sobre todo de paciencia. Pero la tolerancia, sobre todo en las sociedades modernas, corre el riesgo de ir asociada al vacío de ideas y de convicciones”. Y agrega: “Eso es un peligro, quizá el mayor peligro de todos. El mayor riesgo para las sociedades libres y tolerantes es justamente que no existan valores, ni principios, ni convicciones. La tolerancia se ejerce de verdad cuando se está convencido de la razón de tus propias ideas. Si no existe la convicción profunda de que las ideas propias son las que merecen ser defendidas, sólo hay indiferencia y en el fondo desprecio: desprecio hacia lo propio y desprecio hacia las ideas de los demás, aquellas que contradicen a las propias pero que el interlocutor defiende porque está convencido de tener razón”. Y explica: “Si no es así, si las personas no tienen convicciones ni principios que las sostengan, ¿de qué tolerancia estamos hablando? Se habla mucho de la diferencia y del respeto a la diferencia, pero para que haya diferencia, y para que haya respeto a la diferencia, tiene que haber ideas y valores”[[12]](#footnote-12).

Sigue aún más el texto de *Libertad y Liderazgo* con el cual se abre el libro sobre sus años de gobierno, señalando con precisión: “Si no existen esas ideas y esas convicciones, pronto acabamos en el nihilismo, que es ese estado en el que no se puede afirmar ni conocer nada porque la realidad no existe, como tampoco existe la posibilidad del conocimiento, ni la posibilidad de convencer a quien no esté de acuerdo contigo de que tienes elementos suficientes para afirmar lo que estás diciendo. El nihilismo es un punto en el que es imposible la rectificación, porque como no existe nada real y todo es relativo, no se tiene por qué aceptar que los demás puedan tener razón en un momento determinado. El nihilismo, la ausencia de valores y de creencias, hace imposible el diálogo, el respeto y la tolerancia. Por eso la ausencia de valores, de principios y de convicciones es tan peligrosa”[[13]](#footnote-13).

Aznar afirma con claridad no exenta de dureza: “Las sociedades europeas tienden a ser sociedades descreídas. No les gusta asumir responsabilidades. No quieren riesgos, prefieren buscar excusas a intentar encontrar la forma de afrontar los problemas. Se han refugiado en la comodidad. Pero si no tienen fundamentos sólidos, esas sociedades se desmoronarán, no aguantarán ni una corriente de aire frío”[[14]](#footnote-14).

Leyendo esas palabras no he podido menos que pensar en una gran parte del liderazgo latinoamericano. Nuestras sociedades, pienso, no son sociedades descreídas. Muchos de sus dirigentes políticos sí lo son, porque, erradamente, han buscado la horma de su modernidad en lo “políticamente correcto” de los *american liberals* o en esa ética mínima y compromisos blandos que, en el orden del pensamiento, ejemplifican autores como Richard Rorty o Gianni Vattimo. La mayoría de los integrantes del liderazgo político latinoamericano no son precisamente intelectuales. Pero el maquiavelismo de una política clientelar tomada como clave de eficacia en la búsqueda personal del poder ha llevado, cada vez más, a una repulsiva dicotomía entre una retórica alusión a valores y una práctica consideración de los mismos como un pesado fardo que impide la ligereza de la marcha. Así, la ingravidez ética de ese liderazgo ha terminado por minar la confianza y la credibilidad ciudadana hacia sus proclamas y la desconfianza (cuando no el disgusto) como suelen ser seguidas críticamente sus ejecutorias. Porque en su desprecio del común, a causa de su amor propio, ese liderazgo es víctima de su propia estulticia: no termina de captar el hecho histórico y político que supuso el pase de la condición de *súbdito* a la condición de *ciudadano*; y cómo ésta última exige, de manera permanente, una evaluación crítica del poder, porque la crítica del poder es condición de toda crítica. Por eso, en más de una de nuestras patrias, ese liderazgo sin piso moral sólido, acostumbrado a hacer o dejar hacer, habituado a pensar o actuar solamente *pro bono suo*, llegada la hora de las pruebas severas, no las ha aguantado, apartándose o buscando desesperadamente el mimetismo o el acomodo, no soportando siquiera, para repetir las palabras de Aznar, *una corriente de aire frío*.

**El consenso**

Al diluirse en la vida personal, familiar y social el sentido de responsabilidad como manifestación inescindible del ejercicio de la propia libertad, se ha procurado cambiar lo sustantivo por lo adjetivo, cambiar los principios por los procedimientos. Y los procedimientos son importantes, pero no son todo. Cuando se convierten los medios en fines se llega a la evaporación de la confianza. Porque ésta no surgirá del respeto a la recta razón e intención ajena, sino que será una exigencia de obediencia a la supuesta bondad de las reglas de juego, impuestas por quien tiene el poder (en la casa, la empresa, la ciudad, el Estado). Es entonces cuando se perfila como un tótem el consenso. Se proclama como dogma que no resulta nunca lícito irrumpir frente al consenso. El problema está en que el consenso, siendo útil, tiene función instrumental en función de la armónica convivencia. Pero no se le puede pedir lo que no puede dar. Los primeros principios no surgen por consenso, aunque es deseable que sean reconocidos por éste en su dimensión social más amplia. Así, la dignidad de la persona humana y la afirmación de sus derechos fundamentales en el ámbito social, no son el resultado de un consenso. El Estado debe reconocerlos y protegerlos, pero la realidad de la dignidad de la persona y de sus derechos fundamentales no son factura de ningún poder político, ni dependen de las volubilidades de la opinión pública.

Incluso políticamente el consenso no es un poder omnímodo. El mismo Aznar lo dice con claridad: “El consenso tiene dos límites. El primero es que el consenso no sustituye las responsabilidades propias. No se puede delegar en los participantes del consenso la tarea que uno tiene que hacer. Y por otra parte, el consenso no puede convertirse nunca en el objetivo único de la acción política. Lo importante es lo que se quiere hacer. Una vez se sabe qué se quiere hacer, es posible que el consenso resulte ser un instrumento válido. Pero no siempre es así”[[15]](#footnote-15). Evitar tangencialmente los valores, para buscar el edulcorante de conciencia de los procedimientos, conduce a privar de soporte ético la vida social y a hacer de la convivencia en la comunidad organizada un escenario de lucha donde se imponen los más fuertes. Y la violencia de los fuertes como soporte del poder es el expediente que prepara las grandes crisis y las negaciones de la humana dignidad. Es el drama actual de la llamada *democracia sin valores*.

Oigamos de nuevo a Aznar. Él habla sobre Europa. Escuchémosle, reflexionando nosotros sobre esta América Latina de inicios del siglo XXI: “Una Europa descreída —dice—, olvidada de los valores que la han constituido, será sin duda una Europa entretenida e incluso, para más de uno, sumamente divertida. Pero los riesgos son tan grandes como la posible diversión, porque también será una Europa insignificante. Cuando los valores propios no tienen ningún sustento histórico, nada merece la pena como no sea flotar en la prosperidad. No hay nada por lo que valga la pena luchar, nada que merezca la pena ser defendido”. Y agrega: “Si Europa cae en una especie de hedonismo político, acaba convirtiéndose en una sociedad en declive, no en una sociedad dinámica y de progreso. La consecuencia es que la iniciativa política y la acción política se ven enormemente dificultadas, porque nunca habrá razones suficientes para hacer nada ni para comprometerse con nada, salvo, eso sí, con aquello que en un determinado momento defina la opinión dominante”[[16]](#footnote-16).

**La lealtad**

Junto con la búsqueda amorosa de la verdad, que permitirá la revitalización ética de la convivencia democrática, pareciera necesaria, también, para la búsqueda de un orden más justo y armónico, la recuperación de la lealtad. La sindéresis y la recta razón parecieran, así, servir de base para la comprensión de la necesidad de la confianza y de uno de sus derivados inmediatos, la lealtad. Una personalidad destacada del laicismo no cristiano francés, Jacques Attali [1943] (Asesor del Presidente de Francia, François Mitterand, primer Presidente del Banco Europeo para la Reconstrucción Desarrollo 1991-1993), ha subrayaba la importancia social y política de la lealtad. Nuestras sociedades, indica, están amenazadas, más que por el terrorismo, por la desaparición de sus principios fundamentales, uno de los cuales es la lealtad[[17]](#footnote-17). De las sociedades postmodernas se dice que tienen como pilares la democracia política y la economía de mercado. Ambos pilares son vistos como expresiones mutuamente referentes de la libertad. Pero como el pensamiento postmoderno interpreta *libertad* en clave estrictamente individualista, considera, como derivado de ella, un supuesto “derecho” a la infidelidad, a la deslealtad.

“Los ciudadanos de nuestras democracias –dice Attali- se comportan cada vez más como libres de todo compromiso, buscando ser leales sólo a los ojos de sí mismos, colocando su obediencia en subasta, prontos a ofrecerse en cada instante al mejor postor, siempre disponibles, además, para hacer otra cosa que les parezca mejor”[[18]](#footnote-18).

Attali ejemplifica la deslealtad, como fenómeno social generalizado del presente, indicando que todo consumidor está dispuesto a cambiar de proveedor ante la novedad de un producto en el mercado; que las empresas están dispuestas a prescindir de sus empleados ante dificultades operativas coyunturales; que los asalariados cambian sin dudar de empleador ante una oferta laboral que consideran financieramente más atractiva; que el ciudadano elector varía su respaldo político por la simple atracción que provoca en él otro discurso, distinto al de su opción tradicional. Según él, la regla de *cada uno para sí mismo* parece imponerse en el contexto de una sociedad minada por el individualismo. Ello, con el debilitamiento de la conciencia comunitaria, conduce a la desoladora conclusión que *la libertad destruye la lealtad*.

De tal manera, en el contexto de la cultura dominante, en el marco de la postmodernidad, la deslealtad no es considerada como un desorden ético, sino que resulta reivindicada y publicitada, haciéndose a menudo la apología de ella.

Attali, describiendo el fenómeno, que le parece de patología generalizada, señala que, con la difusión de la deslealtad, se trata de “instalar —dice— el reino de lo efímero y del capricho en todas las dimensiones de la vida social y de la vida privada”. Y añade: “*Carpe diem* [goza del día presente] será la ley del mundo, se disolverán los fundamentos de la vida en sociedad”, porque —recuerda— no puede haber ni familia, ni justicia, ni seguridad, sin lealtad respecto al grupo. E incluso cuando se delega en el Estado esa lealtad al grupo para que él [el Estado] preste los servicios a la comunidad, al recibir los impuestos de los ciudadanos contribuyentes, esa delegación impositiva pierde legitimidad. Attali concluye diciendo que si no queremos que los totalitarismos (con su nuevo rostro de fundamentalismo religioso o secularista) se impongan negativamente en la vida contemporánea, resulta necesario admitir que ninguna sociedad puede sobrevivir sin un entorno moral; y que no hay libertad individual durable sin lealtad colectiva claramente asumida y practicada[[19]](#footnote-19).

Sin lealtad es imposible dar vida a una sociedad en la cual impere la confianza, porque la lealtad es consecuencia de la confianza compartida.

# El falso eticismo y la desorientación postmoderna

Ese sentido de desorientación (ineficaz en su declarado anhelo de restauración ética, en cuanto afirma, de entrada, el rechazo a las bases mismas de la moralidad y, por supuesto, de la creencia religiosa) que es palpable en la crisis de la modernidad y la postmodernidad, y coexistente con los mayores avances tecno-científicos y el más elevado nivel de bienestar material, pueden verse, aún hoy, en algunas manifestaciones del medio académico norteamericano. Incluso autores que son considerados como equilibrados, no extremistas, como Amitai Etzioni [1929][[20]](#footnote-20), ponen de relieve los límites del sociologismo, cuando desde él se pretende teorizar sobre la ética.

Pensar con Jürgen Habermas que la *validez* de las creencias deriva del consenso en torno a ellas; y que tal consenso es sólo producto del debate racional, no sólo muestra un atropocentrismo inmanentista radical y la negación *a priori* de cualquier instancia normativa extra o supra humana (así sea la de la causa de lo humano), sino que, sobre todo, pone además de manifiesto una inversión total de las cosas. La *validez* de Habermas sólo podrá tener relativa aplicación respecto a los criterios político-prácticos de vigencia coyuntural. No podría sostenerse tal posición afirmando una política de valores que en realidad sean tales, vistos desde la ética emplazada en su específico campo filosófico (no sociológico). La *validez* de Habermas aplicada a la ética sólo desemboca en un relativismo axiológico y en un nihilismo práctico. No se trata ya de la ética mínima y de los compromisos blandos (Vattimo); sino de la *no ética* y de los *no compromisos*, en cuanto para tal perspectiva sociologizante todo criterio moral y todo compromiso existencial supondrían una inaceptable limitación de la autonomía individual, afirmada dicha autonomía como absoluto fundante de características dogmáticas. La sociologización de la ética, característica de algunas disidencias de la postmodernidad, sigue postulando un *individuo* cerrado a la trascendencia; mientras paralelamente olvida y niega a la *persona*. Y con tales olvidos y negaciones no puede ni superarse, de una vez por todas, la modernidad; ni descubrirse un armónico y deseable comunitarismo. Porque la visión del bien común exige la recta visión de la persona, así como la plena comprensión de la persona exige verla, en su *praxis* perfectiva, en función del bien común.

Aunque no llegue a las conclusiones y desarrollos que serían de desear, es necesario reconocer a Etzioni, sin embargo, un esfuerzo por superar la empalagosa y recurrente referencia a la *sociedad civil* que, como un lugar común, por cierta influencia cultural (nunca pensó Hegel que su elaboración teórica tendría tan amplia y variada descendencia), ha saturado la retórica de lo *políticamente correcto*, para servir de ejemplo prototípico de la agonía de la modernidad, con sus plurales expresiones de decadencia. El esfuerzo de Etzioni puede sintetizarse diciendo que capta una verdad básica: sólo buscando la reinserción de los valores éticos en la vida social podrá rescatarse el sentido de comunidad y la conciencia de ciudadanía. Él habla de la necesidad del *bagaje moral* de la sociedad. Afirma incluso la necesidad de la defensa de la familia como el mejor ámbito para lograr la recta educación de los hijos. Todo ello es positivo.

El problema, repito, está en que, por su propia perspectiva básicamente sociológica (aunque nutrida de las perspectivas humanísticas y comunitarias de Martín Buber), no llega Etzioni ni a la comprensión radical de la ética ni a la formulación de valores propiamente morales que supongan *per se* una dimensión trascendente de la persona y la afirmación no sólo lícita sino necesaria de un universo religioso. A eso puede llegarse por la creencia religiosa y desde y por la antropología filosófica abierta a la metafísica; no desde y por una sociología limitada, a menudo, por el cientismo empirista, que no logra superar el nivel de la relativa comprensión del ser humano en su sola dimensión animal. Ese sociologismo, en sus variadas formas, pone en evidencia que la Caída del Muro de 1989, y el subsiguiente desplome del llamado campo socialista, en forma alguna han supuesto, como fenómenos históricos y cultural-políticos, la cancelación de los materialismos, como soportes extremos de la modernidad agónica. Así, paradójicamente, el marxismo como cosmovisión pervive aún en maridaje con el individualismo hedonista. Y ello genera complejidades que lucían, hasta hace poco, *divertimento* intelectual sin posibilidades históricas concretas.

**Conclusión: confianza y perdón**

Permítaseme, para concluir, una reflexión que, sin duda, tiene algo de teológica. ¿Cómo puede hacerse y rehacerse, cuántas veces sea necesaria, la confianza, si todos tenemos la experiencia lacerante y múltiple del pecado, del yerro, de la ofensa, del descamino, de la deslealtad, de la infidelidad, del resentimiento, del odio, de la insinceridad? ¿Cómo puede hacerse y rehacerse la confianza, si todos somos solamente pobres seres humanos, con abundantes miserias y limitaciones? La respuesta es de apariencia simple y en realidad muy compleja: -Mediante el perdón. No hay auténtica confianza si no hay capacidad de perdón. El perdón es siempre el camino de recuperación de la confianza. Visto todo lo anterior, además de la importancia de la confianza para cualquier tipo de relación interpersonal, podría añadirse que sin confianza en Dios resulta difícil (por no decir imposible) un empeño de confianza verdadera en el prójimo. La que está *in fieri*, haciéndose, es la perfección del ser humano, no la perfección de Dios. Dios es Perfecto, en cuanto posee plenitud de Ser, Uno y Trino, es la plena Verdad, es el sumo Bien, la absoluta Belleza. El ser humano está llamado a la perfección, contando para ello no sólo con sus fuerzas, sino sobre todo con la Gracia de Dios. Por eso Dios perdona siempre, quiere siempre perdonar con el Don de Sí. Dios nos enseña a perdonar. La criatura humana hecha a su imagen y semejanza debe estar siempre dispuesta a perdonar, para no hacerse daño a sí misma. “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden”, decimos en el Padrenuestro.

La confianza no es una especie de crédito simplemente humano, que en cualquier dimensión social de la existencia se toma como una *praesumptio iuris tantum*, que admite prueba en contrario, para decirlo en el léxico habitual de los hombres de leyes. Hay una capacidad humana y cristiana sin la cual la confianza se convertiría en algo inaccesible. La cura necesaria para el constante renacer de la confianza se apoya en el perdón. Tanto en la vida de relación con Dios como en todas las formas de compartir la vida con los demás —en la familia, en el trabajo, en la vida de relación social— pueden haber (y de hecho los hay) múltiples errores por los cuales debemos pedir perdón y esperamos ser perdonados. A veces, perdonar cuesta mucho, pero es necesario. El perdón es liberador para uno mismo. Sin el perdón no hay posibilidad de confianza duradera o de recomposición o restablecimiento de la confianza. El perdón arranca del humilde reconocimiento de la propia nada. “Si eres tan miserable —nos recuerda S. Josemaría Escrivá, cuya fiesta, por cierto, se celebra hoy—, ¿cómo te extraña que los demás tengan miserias?”[[21]](#footnote-21).

Antes se hizo referencia a dos conversos, Mondadori y Messori. El perdón forma parte de la conversión. El perdón elimina barreras entre el yo agredido y el yo del agresor. Y, sin desconocer la falta del agresor, cuando se puede y se debe corregir su yerro, esa corrección no tendrá la minúscula dimensión de la resaca, de la venganza, del pase del recibo, del cobro con intereses de vieja deuda, sino la claridad y la altura que, junto al dolor de la reparación, exigen la bondad y la magnanimidad. Familiar, laboral y socialmente, el perdón debe ser pronto. Si se retrasa, se incuba el rencor y el rencor alimenta el odio, aniquilador de toda *affectio societatis*, para seguir usando términos romanísticos comunes en el mundo del derecho. Y con rencor y odio no hay confianza posible, sino seudorazones para la desconfianza. El rencor y el odio construyen las celdas perversas del alma que imponen a la criatura humana mirar hacia atrás, no hacia adelante, con el ánimo enfermo de amargura y tristeza. El rencor y el odio impiden entender que el perdón es necesario para que la medicina de la justicia sea colirio que lleve a ver y fabricar nuevas auroras, sin la perversa tozudez de reducir la existencia a un desmañado intento, siempre inconcluso, de incinerar los hechos del ayer (lo cual, en realidad, es imposible, tanto en la mente como en el corazón).

La luz de la esperanza es la luz de la paz. La luz de la paz es la luz de la confianza renacida. No puede haber paz en las almas sin el perdón de Dios, que está siempre dispuesto a devolvernos su amistad. Y no podrá haber paz en las familias, en los lugares de trabajo, en la sociedad, con la mente y el corazón atenazados por los cepos del rencor y del odio. La paz —en el alma de cada quién, en los hogares, en las empresas y en las fabricas, en la comunidad social y política—, con la reconciliación de los espíritus, es un don divino que todos, todos, debemos promover, para que florezca, en su variada expresión, la confianza.

No desaparecen por arte de magia nuestras malas inclinaciones y los frutos malignos de sentimientos contrarios al perdón y a la concordia. El perdón y la concordia, además, no surgen por decreto, sino de la sincera actitud —religiosa, moral e intelectual— que debe irrigar todo intento de reconstrucción de la vida, en forma más solidaria, en toda sociedad vulnerada por la siembra insensata y criminal del egoísmo y del odio. Para no ser como los sembradores de tales semillas malditas, se requiere, en todos los ámbitos del existir humano —local, nacional y mundial— solidaridad y justicia, acompañada por una actitud sincera de perdón. Como afirmaba Emmanuel Mounier siguiendo a Charles Péguy, *la revolución será moral, o no será*[[22]](#footnote-22).

Sólo un creciente contagio de caridad borrará las cicatrices del odio. Todos necesitamos rectificación, purificación, *metanoia*, conversión, re-visión amorosa de nuestra relación con Dios y con los semejantes, —en la familia, en el trabajo, en la convivencia diaria, en el orden nacional e internacional—. Allí estará el punto de partida para la reconstrucción de la confianza en el orden personal y social; para recuperar, en suma, una racionalidad moral que dignifique la vida social, económica y política en todos sus ámbitos, haciéndonos conscientes de la dignidad que tenemos como hijos de Dios, como personas humanas redimidas por Cristo, que nos perdona y confía en nosotros, para que nosotros demos nuestro libre aporte para la construcción de relaciones de confianza y de respeto que permitan hacer del tránsito terreno un camino hacia el Cielo.

JRI

Inalde, 26 junio 2010.

1. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Surco*, n. 392. [↑](#footnote-ref-1)
2. Ibidem, n. 398. [↑](#footnote-ref-2)
3. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja*, n. 214. [↑](#footnote-ref-3)
4. MATHIEU, Vittorio, *Filosofía del Dinero*, Rialp, Madrid, 1990. [↑](#footnote-ref-4)
5. MONDADORI, Leonardo y MESSORI, Vittorio, *Conversione. Una storia personale*, Mondadori, Milano, 2002. [↑](#footnote-ref-5)
6. Ibidem, pp. 6-7 [↑](#footnote-ref-6)
7. Ibidem, p. 22. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ibidem, pp. 22-23. [↑](#footnote-ref-8)
9. Ibidem, p. 99. [↑](#footnote-ref-9)
10. Ibidem, p. 128. [↑](#footnote-ref-10)
11. AZNAR, José María, *Ocho años de Gobierno. Una visión personal de España,* Planeta, Barcelona, 2004 [↑](#footnote-ref-11)
12. Ibidem, p. 12. [↑](#footnote-ref-12)
13. Ibidem, p. 13. [↑](#footnote-ref-13)
14. Ibidem, p. 16. [↑](#footnote-ref-14)
15. Ibisdem, p. 100. [↑](#footnote-ref-15)
16. Ibidem, p. 191. [↑](#footnote-ref-16)
17. Cfr. ATTALI, Jacques, *Eloge de la loyauté*, en *L’Express*, n. 2689, Paris, 16-22 enero 2003, p. 13 [↑](#footnote-ref-17)
18. Ibidem. [↑](#footnote-ref-18)
19. Ibidem. [↑](#footnote-ref-19)
20. Cfr. ETZIONI, A., *La nueva regla de oro. Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Paidós, Barcelona, 1999. [↑](#footnote-ref-20)
21. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 446. [↑](#footnote-ref-21)
22. Quien primero formuló tal lema fue Charles PÉGUY. A comienzos del siglo XX, escribió en la cubierta de *Cahiers*, II-11, que salió el 25 de abril de 1901, en grandes letras: *La revolución social será moral, o no se dará*. Emmanuel, MOUNIER, siguiéndolo, dedicó el número inicial de la revista *Esprit,* en octubre 1932, al tema *La* *revolución será moral, o no será.* Cfr. sobre Péguy, BASTAIRE, Jean, *Charles Péguy, el insurrecto*, (traducción de Manuel PECELLÍN LANCHARRO), Encuentro, Madrid, 1979. Cfr. sobre Emmanuel Mounier, GUISSARD, Lucien, *Emmanuel Mounier*, Fontanella, Barcelona, 1968; LACROIX, Jean, *Presencia de Mounier*, Nova Terra, Barcelona, 1966. [↑](#footnote-ref-22)